

en verdad nos queda la pena de no saber elogiarlo a la medida de nuestro sentimiento y admiración.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At188-11PCLG10011>

PICHAMÁN, por *Leoncio Guerrero*.—Ediciones Yunque.
Santiago, 1940

Ya habíamos leído algunos cuentos del autor en revistas y diarios chilenos. La lectura nos había dejado una buena impresión. Se daba a conocer Leoncio Guerrero como el narrador poseído de un estilo propio, y conocedor a fondo de su tierra: ríos, campos, hombres y problemas.

El lugar que le sirve de escenario es la región bañada por el Maule. El bello Maule que ha cantado, con diafanidad y tristeza Jorge González Bastías, y que Carlos Acuña en cuentos y poemas dió a conocer con gracia popular algunos motivos de la misma región, y que Armando Ulloa también recogió colores y elementos maulinos para sus «Poemas de la Tierra»; y tenemos igualmente a Mariano Latorre que nos ha dado cuentos hermosos nacidos de sus exploraciones por esas tierras maulinas. Maule ha sido una de las regiones más explotadas por nuestros poetas y cuentistas. Hoy continúa Leoncio Guerrero con Pichamán, dando a conocer aspectos, episodios humanos, paisajes de la misma tierra. El Maule sigue siendo un vengro pródigo para la poesía y el cuento.

Hay en los relatos de Guerrero serenidad para hacer la pintura del paisaje, se le ve sensibilidad artística, sin exaltaciones y rebuscamientos en que caen generalmente los autores que aman su suelo. Sus observaciones indican profundidad como sencillez para presentar el espíritu que reina secretamente en la vida campesina y aldeana de la región. Bien diferencia el autor ambas psicologías, individualizando y dando carácter a cada uno de sus personajes. Hay disciplina, sobriedad en el escritor,

para determinar el espíritu que anima a cada uno. Guerrero se muestra en sus cuentos como un admirador de la naturaleza, más bien como un amante de los motivos de la tierra, porque no solamente le inquieta el misterio de la gozosa y salvaje naturaleza, sino también el vivir, la lucha y la muerte del hombre en su terruño. Es un escritor criollista. Pero Guerrero posee características bastantes personales que lo diferencian visiblemente de nuestros narradores de temas típicos. Guerrero tiene su faz propia, su perfil literario, su posesión de autor original, libre y honrado.

El artista que hay en Guerrero se nos revela a cada instante, pero donde logra su plenitud, es sin duda, en esas dos páginas que dan comienzo a su libro, y que titula Paisaje de Pichamán. La descripción es tan bella como seguramente es el paisaje mismo, he aquí algunos trozos:

«Cerros, cerros, cerros divididos en dos grandes piños por la huasca azulada del río. Inútilmente busca la vista un remanso de tierra. El sol, eje del paisaje, estruja las horas con la ferocidad de un medio día de verano. Una chicharra canta desde el proscenio de una sombra. El silencio crece, se expande, se acurruca entre las viñas, se recuesta en los sandiales. A veces, una ráfaga de viento, prófuga de la siesta, trae desde la hondonada, el cantarino eco del Maule. Dos caballejos amigos van hacia alguna parte casi verticalmente. La cintita de acero del ferrocarril culebrca sobre las alacenas de los terraplenes. Por allí se viene y se va el trencillo remolcando todos los ruidos. Algunos se le quedan atrás, pero la locomotora, con su grito estridente, los reúne y sigue con su parvada a desembarcarlos junto al mar. Campesinos dispersos escriben sobre los renglones de los surcos. Abajo y arriba hormiguea la vida». De esta vida Guerrero ha extraído los elementos necesarios para construir sus cuentos. Estos cuentos que por la penetración psicológica, descripción del paisaje y estilo excelente son de innegable validez para nuestra literatura.

Doce cuentos forman el volumen. En «Por el agüita de Verano», nos pinta el amor del campesino por su huerto, el cariño casi paternal por cada una de las plantas, la mala fe del vecino envidioso, sobresaliendo el bosquejo de la lucha a muerte de dos hombres que se aborrecen.

«Baldovinos», el cuento siguiente, es el relato de un «cuatrero». Su figura es la tradicional, hombre valiente y audaz, que después de un robo siempre encuentra un refugio seguro, gracias a sus coterráneos siempre herméticos a las investigaciones, era la forma justa de corresponder, pues, siempre participan de los arreos. Hay en este cuento agilidad, dramatismo y aspectos regionales muy bien desarrollados.

«La rebelión de los hijos» nos presenta el autor el campesino típico de la cordillera de la costa chilena, que después de formar su hogar con cierta holgura, y tener sus hijos grandes, se le rebelan, y lo abandonan anciano, pero él, viejo y solo, se siente con fuerzas para seguir frente a la vida. Es la tragedia de todas las familias, pero el hombre de campo, mira y siente de una manera bien distinta, como nos lo demuestra el autor.

«La chey de don Lucho», uno de los mejores cuentos, nos narra el matrimonio realizado de palabra. «Doña Ignacia no se casó, a pesar de los hijos. ¿Para qué? ¿No vivió con ella su «hombre» y le dejó la casita? ¿Qué la había faltado? Sólo los garabatos del cura». El amor crece entre o sobre los pastos, y se cosecha o se vendimia. En esta narración, llena de amenidad, se demuestra que en el matrimonio sin mayor formalidades y trámites civiles, también existe la felicidad y la desgracia, como sucede a los comarcanos de Pichamán. Las conversaciones y dichos en boca de éstos, son llenos de picardía y a la vez de amargo sentido irónico.

«El Fantasma», es tal vez, lo más perfecto del volumen. Guerrero personifica en «El Fantasma» al funcionario de Impuestos Públicos, especialmente, hace la crítica mordaz y sar-

cástica de las leyes al tabaco y al aguardiente. El Fantasma, para los habitantes de Pichamán, «es más temible que el bandido y los cuatrerros que hoy han desaparecido para dejar a la ley en toda su majestad y triunfo».

«El Vallico», es un cuadro lleno de emotividad. Se describe el amor de un muchacho idiota, que toca su flauta rústica admirablemente y que es su única forma de expresión sentimental. Pertinaz bebedor. Vive como un animalillo. El final de su vida está trazado admirablemente. La emoción aflora en el lector y cierta compasión surge inesperadamente.

«Blanca, la campesina», es el relato de una huasa que va a servir a una familia de ciudad. Lejos de su casa «tiene un descuido» y vuelve a su hogar. La tragedia familiar surge. Pero luego con los menesteres caseros todo se olvida. La descripción hogareña y el vocabulario dan una sensación de realidad.

«Las Vaquillas», aquí se traza el amor del campesino por los animales que ha visto crecer, y que luego ya grandes y lozanos se encuentra en la necesidad de venderlos. Cuento bello por la sencillez del estilo y por la perfecta unidad del relato, como por la emoción ensoñadora del personaje.

«La suerte de las niñas», es la historia de una familia en que las hijas dan un mal paso, y que luego las nietas caen en igual desgracia. Hay logradas observaciones psicológicas de la vida femenina de nuestro pueblo.

«Útiles de labranza», es otro de los cuentos mejores. En este cuento satírico, se presenta el caso de un niño lleno de condiciones para el estudio, pero que por la situación de su vida de campesino, le es imposible seguir estudiando. Es una crítica aguda y bien expuesta, a la tradicional enseñanza rural. El niño, como el padre y el abuelo y el tatarabuelo, pasan de dueño en dueño, englobados entre los lagares, arados y demás útiles de labranza.

«¡Ha llegado un circo!» es la fiesta y la alegría del caserío. He aquí dos muchachos conversando:

—¡Puchas que vas tar gonita la payasá! Habrá que venir por Manueluco.

—¡Claro, pus oh... pa eso hay chirpe aquí!—mostrando el gran parche que era su bolsillo.

¡Ahora si que era un pueblo de importancia!»

«Arrastrando el poncho» es el gran cuento de Guerrero. Digno de toda antología chilena e hispanoamericana. Magnífica su ejecución. Cada personaje lleno de realidad. Sus protagonistas aparecen como hechos en relieve, pues es difícil olvidarlos. El escenario está captado en todos sus matices. La vida de los «carrilanos» es visible y palpable.

Leoncio Guerrero, con Pichamán, deberá considerársele como un escritor sobresaliente, por el chilenismo que alientan sus cuentos, como también por su validez artística.—FRANCISCO SANTANA.

TRASLUZ.—Cuentos, por *Carlos Corvalán*

El prologuista de este libro está en lo cierto cuando afirma que la literatura humorística ha tenido en Chile muy pocos cultivadores. Somos terriblemente graves y aquél que toma las cosas risueñamente es mirado con malos ojos. Ese Pacheco, del célebre cuento de Queiroz es un tipo de hombre muy común en Chile. Es un hombre inclinado a la solemnidad y a lo trascendental. Los acontecimientos de la vida diaria no tienen generalmente para su espíritu ese amable aspecto, que sabe, o está dispuesto a encontrarle, el que tiene la sonrisa presta y la palabra estimulante, para hacer brotar la chispa de la ironía amable y traviesa. Y esto es también amable en un pueblo joven, que no reacciona alegremente el cotidiano ir y venir de los hechos que remueven su espíritu.

Vivir entre pasiones terribles y estar siempre dispuesto a resolverlo todo con la conocida frase, «este me la tiene que pa-